[Transcripción del discurso pronunciado por Juan Francisco Giacobbe en el cementerio de la Recoleta el 20 de marzo de 1942 al cumplirse dos años del fallecimiento de Pablo Pizzurno. Publicado en el diario El Heraldo. El acto fue organizado por el Círculo Pablo A. Pizzurno y la Biblioteca Popular "Pablo A. Pizzurno"[1]]

DISCURSO DEL Sr. JUAN F. GIACOBBE
Evocando a Don Pablo:

Evocar a un ser ante sus despojos mortales, es, en cierta forma, reincorporarlo del espacio terrible de la muerte, al espacio terrible de la vida. Esta reincorporación, natural y obligatoria en los consanguíneos, tiene trascendencia de símbolo cuando los que reevocan son seres ajenos de la sangre y de la ley. Porque no es propio de la miseria humana regalar homenajes, ni poder llorar desinteresadamente ante el recuerdo de quien no lo merece y no lo promueve. Es entonces por voluntad de justicia que dos o más hombres ajenos a un muerto, se reúnen delante de su sepulcro, y reencienden, concordes en el espíritu, sus virtudes, sus actos, sus méritos y tratan de saldar en esta forma ideal, que otra no existe, la deuda que el bien social debe a determinados hombres. Es entonces por justicia, que es la más alta expresión de amor, y por deber, que es la más bella expresión del ideal, que nos encontramos reunidos ante la tumba de don Pablo Pizzurno. No para compungirnos ante la realidad inevitable de la muerte, sino para llenarlos de él con el recuerdo de su vida cumplida y ejemplarizante. A los necrofóricos y a los raquíticos de fe, el llanto y el luto, a nosotros que evocamos a un propulsor, a un luchador y a un infatigable, el gesto justo, alto y reverente del espíritu, ante quien por el hecho de ser espontánea y amorosamente evocado, tiene en nosotros mismos su propia inmortalidad. Afortunadamente para la humanidad, el mundo no termina con la muerte de los hombres, ni terminan con ella las ideas. En la perfecta economía de la Naturaleza, la vida acabada o la sangre vertida, no quedan jamás sin continuación y sin justicia. Y sin vagas imágenes literarias, podemos afirmar, que la ley de los muertos oprime el alma de los vivos exhortándolos al cumplimiento del ideal común. Por eso nos hemos reunido hoy ante el recuerdo de un desaparecido que no está muerto, pues que actúa presente y concorde en nuestro ideal y en nuestra lucha común.

A muchos espíritus miopes les parece impropio que se evoque a la figura de Don Pablo, como la de un luchador, pero esa impropiedad nace de su mismo defecto de visión y de su error de juicio congénito. Don Pablo fue, como todos los hombres que merecen recordarse, nada más que un luchador, porque es fatalmente evidente, que en esta sociedad nuestra los grandes ideales y las grandes concreciones no se resuelven sino con luchas. Y, en principio todo hombre que fija su planta en el umbral del espíritu, no es sino un guerrero que entra a luchar con las fuerzas numerosas del mal organizado del animal-hombre que quiere tornar a la comodidad inmunda de su barro y que quiere vivir en elemento anarquista de su propia animalidad. Por eso todo hombre signado con el martirio del espíritu es de hecho un combatiente, que por amor al futuro perfecto de sus consímiles, consume su presente y se da al fuego y al peligro. En estas formas de la lucha por la perfección está a la vanguardia el maestro. Y don Pablo fue un maestro, fue temperamentalmente un maestro. Todo su ser y todo su hacer trascendían a maestro. La gracia de la enseñanza lo había tocado ya desde el predestinio del vientre materno. Como maestro militante y combatiente le tocó a don Pablo una de las épocas más ruinosas de la humanidad. El crepúsculo del siglo XIX y el alba del XX son los dos momentos más ulcerados de la historia. Triunfo del supercapitalismo ignorante y efervescencia del industrialismo disasociador; injusticia social e imperialismo oprimente, se reparten la golpeada vida del hombre, para dar por fruto la guerra del 14 y la actual. Son épocas en las cuales las conciencias valen menos que los billetes de banco que las tasan.

Los hombres no tienen otra ilustración que la que se imparte desde la cátedra ignara del comité y no hay otro ideal que la holgazanería y el aprovechamiento adulando la figura prototípica y barbárica del caudillaje político. Don Pablo debe luchar entonces contra la burocracia organizada

[1] Imágenes de los diarios anunciando la ceremonia y transcribiendo el discurso en pág. 4 y 5; pág. 6 y 7 fotografía de Pizzurno dedicada a J.F.Giacobbe fechada el 7 de agosto de 1938 y tarjeta del 18 de diciembre de 1938. (N.d.R.)

sobre la base del arrivismo y la desfachatez. Ministros imbéciles, funcionarios drenados de mezquindad y de envidia; maestros incapaces en su mayoría, dignos exponentes de la política mulata y pervertidora de la recomendación. Y lucha desenmascaradamente, con la vida expuesta al oprobio y al hambre, con una fiebre que lo castiga y que lo amarga; pero no cede jamás.

Como los grandes voluntariosos, don Pablo, es secretamente un orgulloso; tiene la noción de su valor y la seguridad del ideal.

Modesto con el modesto, pero altivo y desdeñoso con el incapaz farsesco y vanidoso. Y su acción y sus estocadas son públicas y como son concretas y merecidas el dolor y la vergüenza son evidentes. De allí tantos enemigos rastreros, subdolos, que lo acechan desde la sombra viscosa de su incapacidad y su envidia y tratan de ponerlo en la picota. Pero la justicia de la verdad se impone y don Pablo queda en pie siempre. Pasan sus enemigos, pasan sus judas y él queda, siempre renovado, siempre ileso. A veces con una rara melancolía por la suerte desgraciada de sus detractores, porque su cristianismo lo inclina a tal, y otras veces trágicamente desesperado por ver cómo se va el tiempo y cómo la humanidad no se corrige. En esto tuvo el tormento de un verdadero apóstol.

Sufría por la voluntaria y ciega infelicidad ajena y con la infelicidad de los demás hacia la suya.

Vivía del desamparo del niño dentro de un método equivocado de educación; vivía del desamparo del maestro dentro de un régimen arbitrario y carcomido; vivía mordido por una necesidad de mejora y de superación que devastaba sus días y lo sumía en una actividad múltiple y constante. Por eso no hubo hombre de mérito que no lo amara, como no tránsfuga que lo vituperara. Siendo hombre de espíritu de cualquier dogma se era amigo de él; solamente los enlodados, los arrebatados, los serviles lo combatían con armas cortas o a la distancia que frente a él no se medían. Y porque fue apóstol en la lucha sufrió mucho.

La vida, que es dura con los elegidos, no le ahorró ni un dolor. La desgracia lo seguía casi constantemente y si no se cebó sobre él se encarnizó con los que él amaba, y su dolor era más intenso. Trabajó como un verdadero hijo de inmigrantes italianos y se enorgullecía de esta herencia de capacidad de trabajo y de amor a la acción. Nunca, ni en el ocio mismo gozó del ocio.

Vivió siempre como un trabajador, es decir, como un pobre que tiene que ganarse cotidianamente su pan, y le dolía no ser considerado como un pobre, en los cuales reside la sal de la tierra.

Y si su casa era aparentemente palaciega e imponente, no era que él la hubiera hecho para su solaz o su vanidad, sino que quería que en ella se nuclearan los idealistas dispersos en esta gran metrópoli y que en ella comulgaran y se concertaran los ávidos de un futuro mejor. Su casa era casa de los demás y en medio de ella, él era el señor de la modestia y el amigo de la bondad y el pobre que da sin hacer ver que ofrece. Su temple era el del hombre sabio por intuición, sabía el mal del mundo pero no quería reducirse a creer en su irremediabilidad. Era, como todos los grandes espíritus combativos, un utopista. Se alimentaba de aquel "imposible creíble" que hace excelsos los pensamientos y generosos los actos. Y por su utopía en lo cual lo real se mezclaba a lo lírico, parecía un perpetuo adolescente. Tenía el temperamento de la juventud, y como tal, era valerosamente ingenuo, fiel y arriesgado. Ni los años pudieron reducir ese clima de su espíritu siempre alerta, siempre pródigo, siempre emocionado. Dios lo había señalado en esto en la exuberancia. Así como hay jóvenes que desfallecen de vejez, hay viejos que mueren de juventud. Don Pablo murió de ese mal. El exceso de juventud lo mató. Tenía toda la temeridad, toda la imprudencia y todo el descuido propulsor y vital de un joven perfecto. Nosotros, los jóvenes, éramos sus camaradas. Y esto no era una pose estudiada.

Su juventud era activa, idéntica a la nuestra. Yo lo había probado en diatribas de difícil resistencia; su reacción mental era de un equilibrio insospechado. El juicio le lucía con una sanidad de juventud sana y selecta. Y por lo mismo que era joven supo amar durante toda su vida.

En el amor reside el signo del combatiente y del vencedor. No se luce por odio, tal vez el odio tenga solamente la posición de la defensiva cobarde; se lucha siempre por esa ebriedad inconmensurable del amor, que arroja a los hombres, al martirio y al heroísmo, por amor de los que sufren bajo la injusticia. Y don Pablo amó mucho, amó hasta el sufrimiento. Y por sobre todos sus amores estaba el amor al niño y a la docencia. Su amor al niño lo expresó en una obra microcósmica

en su libro “Pininos”, que muchos critican y pocos conocen a fondo, y en el cual se concreta todo un ciclo del magisterio argentino. Libro de un maestro y de un sabio del arte de enseñar a leer, “Pininos” es la síntesis acabada e incomparable de lo que debe ser un libro de lectura. Toda una vida de experiencia y de búsquedas se halla determinada en este libro sistemático y ameno, rítmico y ejemplar. Y como hombre que sabe crear, don Pablo sabía amar a sus criaturas.

Y fue en ellas y nada más que en ellas, que el rastrerismo de sus enemigos se encarnizó para hacerle más cruda la existencia y más difícil la ascensión. Pero las criaturas del espíritu no son tan vulnerables como las de carne y vencen fácilmente la insidia humana con un arma irrebatible: el tiempo. Y allí está la obra de don Pablo, fresca y lozana como recién salida al mundo y la posteridad.

Su otro amor capital lo tuvo con la docencia y llenó su vida de acometividad y denuedo. Aquí el error que había que combatir era arraigado y firme. Se trataba de sistemas anquilosados, esterilizados a fuerza de rutina e hinchados de mentira y simulación. Sistemas ineficaces y retrógrados que dan al magisterio una torpeza plantígrada y una lentitud homeopática.

Y aquí hasta los mismos maestros, movidos por pusilanimidad o por intereses creados, le fueron adversos. Las instituciones, como los hombres, cuanto más viejas, más difíciles son de enmendar, y la cura no se produce sino por obra de cirugía. A don Pablo no se le ofreció sino la oportunidad de la diagnosis, nunca la de la intervención. Sagaces e inescrupulosos los funcionarios en uso no le ofrecían sino una intervención limitadísima y vigilada, en la cual se le coartaba toda la acción independiente y total.

Así tuvo que luchar siempre como crítico y sus más bellos anhelos debieron quedar en el límite de la teoría pura. Pero aun así fue siempre un coto para los desmanes de los falsos pedagogos y una fuerza contractiva para los roedores de la Escuela. Y porque sabía amar a la docencia sabía enseñar. Y enseñaba con ardor, como enseñan los verdaderos apóstoles. Enseñaba con una dedicación vital y fascinadora y se transformaba en lo que debe ser todo maestro: en un actor de la enseñanza.

Convencía no tanto por fuerza de argumento, que es común, mas con fuerza de simpatía que es de pocos. Tenía ese don musical, era simpático y hacía resonar las almas en un unísono convincente y bello. Enseñaba con goce y hacía aprender con satisfacción. Y como sabía enseñar, sabía también aprender. Y como todo ser verdaderamente selecto llegó a sus postrimerías aprendiendo. Y lo hacía con una humildad y una emoción de colegial recién iniciado: con sorpresa, con júbilo y con una nitidez mental amplia y acogedora. En los últimos tiempos que nos frecuentamos, habíamos iniciado una crítica de la metafísica y su capacidad intelectiva era despierta y aguda como la de un joven idealista de veintidós años. Era un propulsor y como tal, era generoso. No había un joven de talento o de intenciones que no tuviera un lugar en su entusiasmo. Sabía creer y sabía esperar en la capacidad de los demás, y si no todos le respondieron, los pocos que cimentaron su esperanza, vivieron de su amor. Era amigo; tenía esa excelsitud dilatada y superativa de la amistad. Y se daba. Quería darse porque su vida era límpida y cristalina y en el fondo de su alma no había horizontes de descuido o de resaca.

Sabía ser amigo y sabía hacer que los hombres le fueran amigos, cosa no frecuente. Había en esto un paralelismo perfecto entre su afecto y el afecto reflejo. Pudo ser por esta capacidad de unificación ideal y afectiva un innovador de la materia instructiva y su mecanismo, y no lo dejaron; pudo ser un mejorador magnífico del fin educativo y disimuladamente lo abandonaron en una zona de exilio; pudo ser un conductor de nueva levadura joven, pero no le dejaron franqueable la senda.

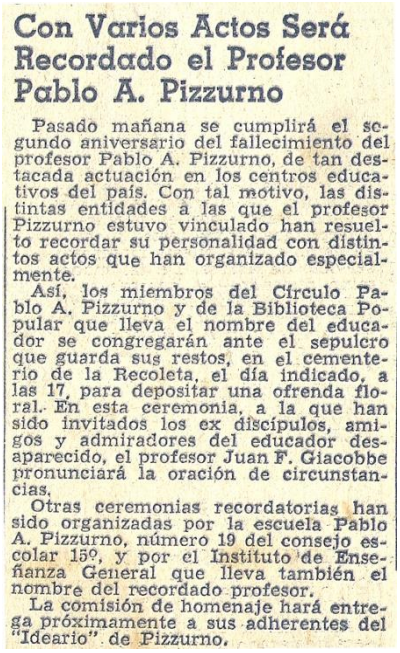
Por eso, su lucha es más heroica y es más bella. Tenía que ir a buscar a sus enemigos detrás del parapeto cómodo del decreto y la ley codificada, seres obesos de su propia ignorancia y satisfechos de su propia villanía. Pero él era quijotesco, realmente quijotesco, hasta en la figura bella de línea alta y en el alma pródiga, transparente como sus ojos inmaculados y benéficos. Y todo él fue así, benéfico siempre, y murió pagado de juventud y de amor, pensando en el beneficio de los demás. Luchó, también, por la paz, y aquí su utopía y su combate no cejó jamás. Y tanto luchó por la paz que tenía la de su vida perdida de tanto ansiarla y soñarla dueña del mundo. Ahora toda la paz como toda la muerte lo es de él. Más allá del acto y la pasión es dueño de todos los misterios de lo ignoto y de lo irrevelable. Pero ha quedado en nosotros, y hay un lugar en nuestro amor que es el que él

quiso que fuera, y por eso hoy en forma de reciprocidad se lo demostramos en acto de homenaje. No todos serán amados como él, ni se podrá decir con justicia lo que de él decimos.

Por eso, en aquel día de hace dos años, muchos ojos viriles, incapaces de llanto fácil, lo lloraron; no por el hecho irreparable de la muerte sino por el dolor irreconciliable del vacío que su lucha y su amor dejaba en nosotros. Y hoy, los mismos que te lloramos una vez, don Pablo Pizzurno, venimos a justificarte ante la vida y ante la muerte, y firmes ante tu perennidad te evocamos grande, justo y presente, mientras en nuestra esperanza se consolida el presentimiento que toda la paz eterna te asiste y que la inmortalidad te ampara.

Para entonces, don Pablo Pizzurno, nuestras flores y nuestro silencio reverente.

* * *



Con Varios Actos Será Recordado el Profesor Pablo A. Pizzurno

Pasado mañana se cumplirá el segundo aniversario del fallecimiento del profesor Pablo A. Pizzurno, de tan destacada actuación en los centros educativos del país. Con tal motivo, las distintas entidades a las que el profesor Pizzurno estuvo vinculado han resuelto recordar su personalidad con distintos actos que han organizado especialmente.

Así, los miembros del Círculo Pablo A. Pizzurno y de la Biblioteca Popular que lleva el nombre del educador se congregarán ante el sepulcro que guarda sus restos, en el cementerio de la Recoleta, el día indicado, a las 17, para depositar una ofrenda floral. En esta ceremonia, a la que han sido invitados los ex discípulos, amigos y admiradores del educador desaparecido, el profesor Juan F. Giacobbe pronunciará la oración de circunstancias.

Otras ceremonias recordatorias han sido organizadas por la escuela Pablo A. Pizzurno, número 19 del consejo escolar 15º, y por el Instituto de Enseñanza General que lleva también el nombre del recordado profesor.

La comisión de homenaje hará entrega próximamente a sus adherentes del "Ideario" de Pizzurno.

HERAL

Director: ENRIQUE W. BURGOS

DISCURSO DEL Sr. JUAN F. GIACOBBE

Evocando a Don Pablo:

Evocar a un ser ante sus despojos mortales, es, en cierta forma, reincorporarlo del espacio terrible de la muerte, al espacio terrible de la vida. Esta reincorporación, natural y obligatoria en los consanguíneos, tiene trascendencia de símbolo cuando los que reevocan son seres ajenos de la sangre y de la ley. Porque no es propio de la miseria humana regalar homenajes, ni poder llorar desinteresadamente ante el recuerdo de quien no lo merece y no lo promueve. Es entonces por voluntad de justicia que dos o más hombres ajenos a un muerto, se reunen delante de su sepulcro, y reencienden, concordes en el espíritu, sus virtudes, sus actos, sus méritos y tratan de saldar en esta forma ideal, que otra no existe, la deuda que el bien social debe a determinados hombres. Es entonces por justicia, que es la más alta expresión de amor, y por deber, que es la más bella expresión del ideal, que nos encontramos reunidos ante la tumba de don Pablo Pizzurno. No para compungirnos ante la realidad inevitable de la muerte, sino para llenarlos de él con el recuerdo de su vida cumplida y ejemplarizante. A los necrofóricos y a los raquíticos de fe, el llanto y el luto, a nosotros que evocamos a un propulsor, a un luchador y a un infatigable, el gesto justo, alto y reverente del espíritu, ante quien por el hecho de ser espontánea y amorosamente evocado, tiene en nosotros mismos su propia inmortalidad. Afortunadamente para la humanidad, el mundo no termina con la muerte de los hombres, ni terminan con ella las ideas. En la perfecta economía de la Naturaleza, la vida acabada o la sangre vertida, no quedan jamás sin continuación y sin justicia. Y, sin vagas imágenes literarias, podemos afirmar, que la ley de los muertos oprime el alma de los vivos exhortándolos al cumplimiento del ideal comás. Por eso nos hemos reunido hoy ante el recuerdo de un desaparecido que no está muerto, pues que actúa presente y concorde en nuestro ideal y en nuestra lucha común.

A muchos espíritus miopes les parece impropio que se evoque a la figura de Don Pablo, como la de un luchador, pero esa impropiedad nace de su mismo defecto de visión y de su error de juicio congénito. Don Pablo fué, como todos los hombres que merecen recordarse, nada más que un luchador, porque es fatalmente evidente, que en esta sociedad nuestra los grandes ideales y las grandes concreciones no se resuelven sino con luchas. Y, en principio todo hombre que fija su planta en el umbral del espíritu, no es sino un guerrero que entra a luchar contra las fuerzas numerosas del mal organizado del animal-hombre que quiere tornar a la comodidad inmunda de su barro y que quiere vivir en elemento anarquista de su propia animalidad. Por eso todo hombre signado con el martirio del espíritu es de hecho un combatiente, que por amor al futuro perfecto de sus consimiles, consume su presente y se da al fuego y al peligro. En estas formas de la lucha por la perfección está a la vanguardia el maestro. Y don Pablo fué un maestro, fué temperamentalmente un maestro. Todo su ser y todo su hacer trascendían a maestro. La gracia de la enseñanza lo había tocado ya desde el predestinio del vientre materno. Como maestro militante y combatiente le tocó a don Pablo una de las épocas más ruinosas de la humanidad. El crepúsculo del siglo XIX y el alba del XX son los dos momentos más ulcerados de la historia. Triunfo del supercapitalismo ignorante y efervescencia del industrialismo disasociador; injusticia social e imperialismo oprimente, se reparten la golpeada vida del hombre, para dar por fruto la guerra del 14 y la actual. Son épocas en las cuales las conciencias valen menos que los billetes de banco que las tasan.

Los hombres no tienen otra ilustración que la que se imparte desde la cátedra ignara del comité y no hay otro ideal que la holgazanería y el aprovechamiento adulando la figura protípica y bárbarica del caudillaje político. Don Pablo debe luchar entonces contra la burocracia organizada sobre la base del arrivismo y la deefachatez. Ministros imbéciles, funcionarios drogados de mezquindad y de envidia; maestros incapaces en su mayoría, dignos exponentes de la política mulata y pervertidora de la recomendación. Y lucha desenmascaradamente, con la vida expuesta al oprobio y al hambre, con una fiebre que lo castiga y que lo amarga; pero no cede jamás.

Como los grandes voluntariosos, don Pablo, es secretamente un orgulloso; tiene la noción de su valor y la seguridad del ideal.

Modesto con el modesto, pero altivo y desdeñoso con el incapaz farsesco y vanidoso. Y su acción y sus estocadas son públicas y como son concretas y merecidas el dolor y la vergüenza son evidentes. De allí tantos enemigos rastreros, subdolos, que lo acechan desde la sombra viscosa de su incapacidad y su envidia y tratan de ponerlo en la picota. Pero la justicia de la verdad se impone y don Pablo queda en pie siempre. Pasan sus enemigos, pasan sus juzgadores y él queda, siempre renovado, siempre ileso. A veces con una rara melancolía por la suerte desgraciada de sus detractores, porque su cristianismo lo inclina a tal, y otras veces trágicamente desesperado por ver cómo se va el tiempo y cómo la humanidad no se corrige. En esto tuvo el tormento de un verdadero apóstol.

Sufría por la voluntaria y ciega infelicidad ajena y con la infelicidad de los demás hacia la suya.

Vivía del desamparo del niño dentro de un método equivocado de educación; vivía del desamparo del maestro dentro de un régimen arbitrario y carcomido; vivía mordido por una necesidad de mejora y de superación que devastaba sus días y lo sumía en una actividad múltiple y constante. Por eso no hubo hombre de mérito que no lo amara, como no tránfuga que no lo vituperara. Siendo hombre de espíritu de cualquier dogma, se era amigo de él solamente los estolidados, los arrebatados, los serviles lo combatían con armas cortas o a la distancia que frente a él no se medían. Y porque fué apóstol en la lucha sufrió mucho.

La vida, que es dura con los elegidos, no le ahorró ni un dolor. La desgracia lo seguía casi constantemente y el no se cebó sobre él se encarnizó con los que él amaba, y su dolor era más intenso. Trabajó como un verdadero hijo de inmigrantes italianos y se enorgullecía de esta herencia de capacidad de trabajo y de amor a la acción. Nunca, ni en el ocio mismo gozó del ocio.

Vivió siempre como un trabajador, es decir, como un pobre que tiene que ganarse cotidianamente su pan, y le dolía no ser considerado como un pobre, en los cuales reside la sal de la tierra.

Y si su casa era aparentemente paciega e imponente, no era que él la hubiera hecho para su solaz o su vanidad, sino que quería que en ella se nucleyaran los idealistas dispersos en esta gran metrópoli y que en ella comulgaran y se concertaran los ávidos de un futuro mejor. Su casa era casa de los demás y en medio de ella, él era el señor de la modestia y el amigo de la bondad y el pobre que da sin hacer ver que ofrece. Su temple era el del hombre sabio por intuición, sabía el mal del mundo pero no quería reducirse a creer en su irremediabilidad. Era, como todos los grandes espíritus combativos, un utopista. Se alimentaba de aquel "imposible creible" que hace excelsos los pensamientos y generosos los actos. Y por su utopía en lo cual lo real se mezclaba a lo lírico, parecía un perpetuo adolescente. Tenía el temperamento de la juventud, y como tal, era valerosamente ingenuo, fiel y arriesgado. Ni los años pudieron reducir ese clima de su espíritu siempre alerta, siempre pródigo, siempre emocionado. Dios lo había señalado en esto en la exhuberancia. Así como hay jóvenes que desfallecen de vejez, hay viejos que mueren de juventud. Don Pablo murió de ese mal. El exceso de juventud lo mató. Tenía toda la temeridad, toda la imprudencia y todo el deseuido propulsor y vital de un joven perfecto. Nosotros, los jóvenes, éramos sus camaradas. Y esto no era una pose estudiada.

Su juventud era activa, idéntica a la nuestra. Yo lo había probado en diatribas de difícil resistencia; su reacción mental era de un equilibrio insospechado. El juicio le lucía con una sanidad de juventud sana y selecta. Y por lo mismo que era joven supo amar durante toda su vida.

En el amor reside el signo del combatiente y del vencedor. No se luce por odio, tal vez el odio tenga solamente la posición de la defensiva cobarde; se lucha siempre por esa ebriedad incommensurable del amor, que arroja a los hombres, al martirio y al heroísmo, por amor de los que sufren bajo la injusticia. Y don Pablo amó mucho, amó hasta el sufrimiento. Y por sobre todos sus amores estaba el amor al niño y a la docencia. Su amor al niño lo expresó en una obra microcósmica en su libro "Pininos", que muchos critican y pocos conocen a fondo, y en el cual se concreta todo un cielo del magisterio argentino. Libro de un maestro y de un sabio del arte de enseñar a leer "Pininos" es la síntesis acabada e incomparable de lo que debe ser un libro de lectura. Toda una vida de experiencia y de búsquedas se halla determinada en este libro sistemático y ameno, rítmico y ejemplar. Y como hombre que sabe crear, don Pablo sabía amar a sus criaturas.

Y fué en ellas y nada más que en ellas, que el rastrerismo de sus enemigos se encarnizó para hacerle más cruda la existencia y más difícil la ascensión. Pero las criaturas del espíritu no son tan vulnerables como las de carne y vencen fácilmente la insidia humana con un arma irrebatible: el tiempo. Y allí está la obra de don Pablo, fresca y lozana como recién salida al mundo y la posteridad.

Su otro amor capital lo tuvo con la docencia y llenó su vida de acometividad y denuedo. Aquí el error que había que combatir era arraigado y firme. Se trataba de sistemas anquilosados, esterilizados a fuerza de rutina e hinchados de mentira y simulación. Sistemas ineficaces y retrógrados que dan al magisterio una torpeza plantígrada y una lentitud hemopática.

Y aquí hasta los mismos maestros, movidos por pusilanimidad o por intereses creados, le fueron adversos. Las instituciones, como los hombres, cuanto más viejas, más difíciles son de enmendar, y la cura no se produce sino por obra de cirugía. A don Pablo no se le ofreció sino la oportunidad de la diagnosis, nunca la de la intervención. Sagaces e inescrupulosos los funcionarios en uso no le ofrecían sino una intervención limitadísima y vigilada, en la cual se le cosartaba toda acción independiente y total.

Así tuvo que luchar siempre como crítico y sus más bellos anhelos debieron quedar en el límite de la teoría pura. Pero aun así fué siempre un coto para los desmanes de los falsos pedagogos y una fuerza contractiva para los roedores de la Escuela. Y porque sabía amar a la docencia sabía enseñar. Y enseñaba con ardor, como enseñan los verdaderos apóstoles. Enseñaba con una dedicación vital y fascinadora y se transformaba en lo que debe ser todo maestro; en un actor de la enseñanza.

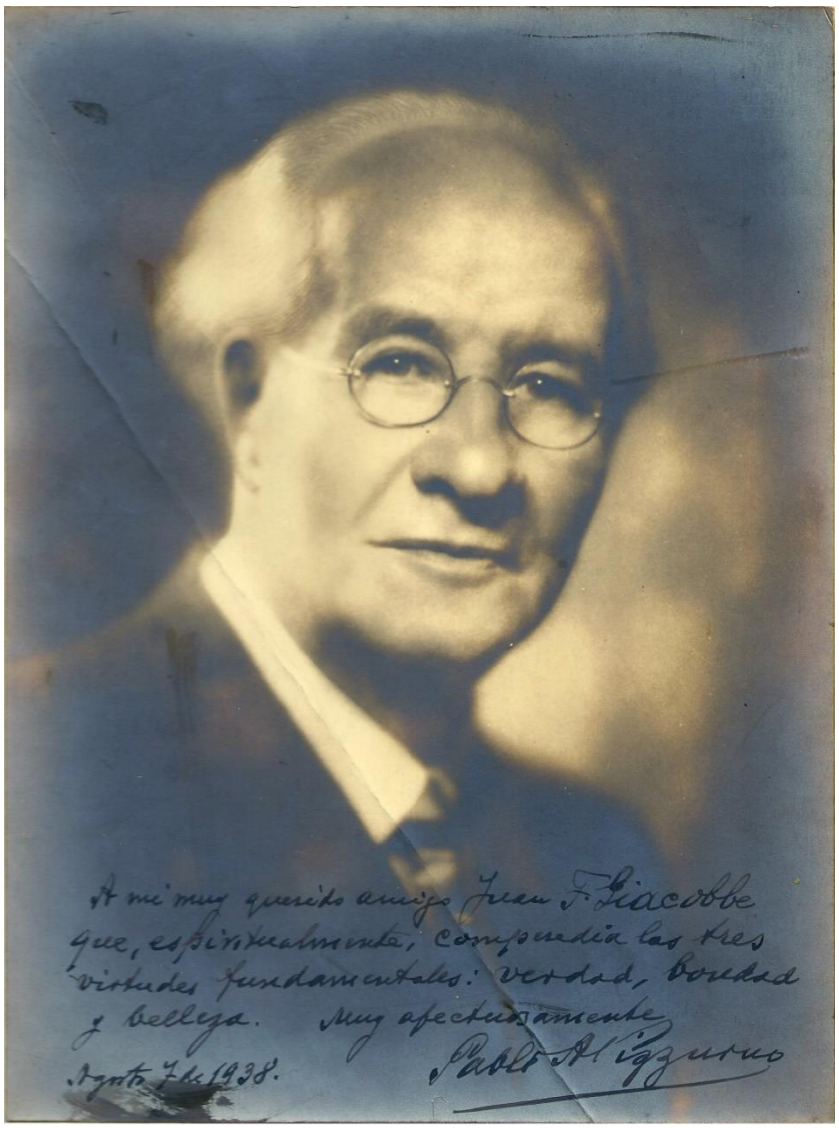
Convéncia no tanto por fuerza de argumento, que es común, más con fuerza de simpatía que es de pocos. Tenía ese don musical, era simpático y hacía resonar las almas en un unísono convincente y bello. Enseñaba con gozo y hacía aprender con satisfacción. Y como sabía enseñar, sabía también aprender. Y como todo ser verdaderamente selecto llegó a sus postrimerías aprendiendo. Y lo hacía con una humildad y una emoción de colegial recién iniciado: con sorpresa, con júbilo y con una nitidez mental amplia y acogedora. En los últimos tiempos que nos frecuentamos, habíamos iniciado una crítica de la metafísica y su capacidad intelectiva era despierta y aguda como la de un joven idealista de 22 años. Era un propulsor y como tal, era generoso. No había un joven de talento o de intenciones que no tuviera un lugar en su entusiasmo. Sabía creer y sabía esperar en la capacidad de los demás, y sino todos le respondieron, los pocos que cimentaron su esperanza, vivieron de su amor. Era amigo; tenía esa excelsitud dilatada y superativa de la amistad. Y se daba. Quería darse porque su vida era límpida y cristalina y en el fondo de su alma no había horizontes de descuido o de resaca.

Sabía ser amigo y sabía hacer que los hombres le fueran amigos, cosa no frecuente. Había en esto un paralelismo perfecto entre su afecto y el afecto reflejo. Pudo ser por esta capacidad de unificación ideal y afectiva un innovador de la materia instructiva y su mecanismo, y no lo dejaron; pudo ser un mejorador magnífico del fin educativo y disimuladamente lo abandonaron en una zona de exilio; pudo ser un conductor de nueva levadura joven, pero no le dejaron franqueable la senda.

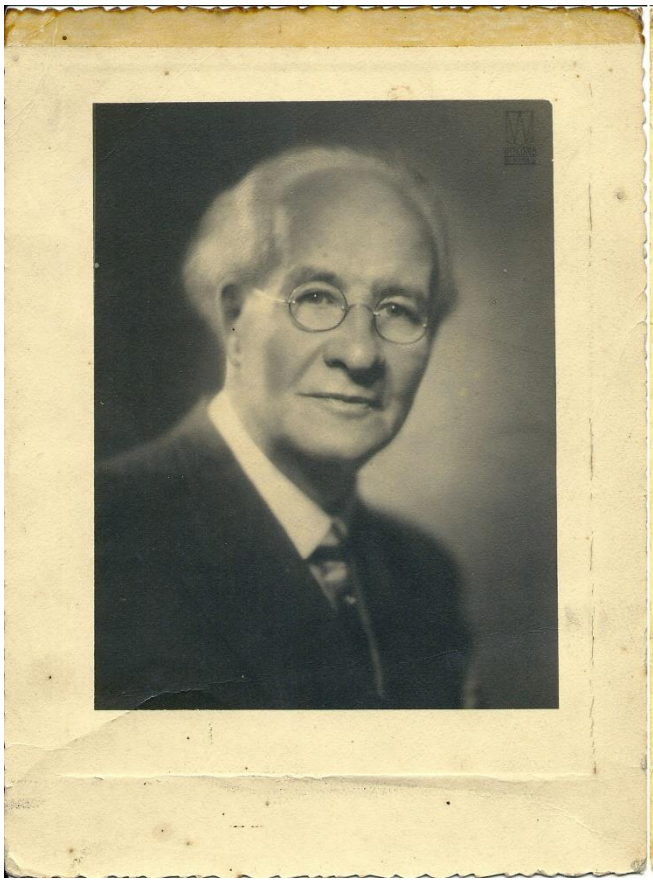
Por eso, su lucha es más heroica y es más bella. Tenía que ir a buscar a sus enemigos detrás del parapeto cómodo del decreto y la ley codificada, seres obesos de su propia ignorancia y satisfechos de su propia villanía. Pero él era quijotesco, realmente quijotesco, hasta en la figura bella de líneas alta y en el alma pródiga, transparente como sus ojos inmaculados y benéficos. Y todo él fué así, benéfico siempre, y murió pagado de juventud y de amor, pensando en el beneficio de los demás. Luchó, también, por la paz, y aquí su utopía y su combate no cejó jamás. Y tanto luchó por la paz que tenía la de su vida perdida de tanto ansiarla y soñarla dueña del mundo. Ahora toda la paz como toda la muerte lo es de él. Más allá del acto y la pasión es dueño de todos los misterios de lo ignoto y de lo irrevelable. Pero ha quedado en nosotros, y hay un lugar en nuestro amor que es el que él quiso que fuera, y por eso hoy en forma de reciprocidad se lo demostramos en acto de homenaje. No todos serán amados como él, ni se podrá decir con justicia lo que de él decimos.

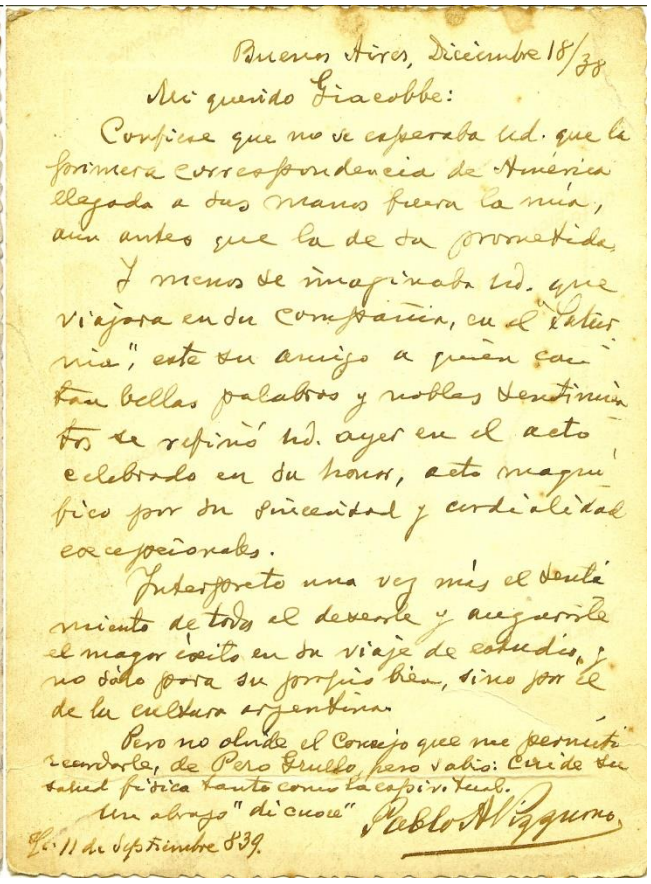
Por eso, en aquel día de hace dos años, muchos ojos viriles, incapaces de llanto fácil, lo lloraron; no por el hecho irreparable de la muerte sino por el dolor irreconciliable del vacío que su lucha y su amor dejaba en nosotros. Y hoy, los mismos que te lloramos una vez, don Pablo Pizzurno, venimos a justificarte ante la vida y ante la muerte, y firmes ante tu perennidad te evocamos grande, justo y presente, mientras en nuestra esperanza se consolida el presentimiento que toda la paz eterna te asiste y que la inmortalidad te ampara.

Para entonces, don Pablo Pizzurno, nuestras flores y nuestro silencio reverente."



A mi muy querido amigo, Juan F. Giacobbe que, espiritualmente, compendia las tres virtudes fundamentales: verdad, bondad y belleza. Muy afectuosamente, Pablo A. Pizzurno. Agosto 7 de 1938.





Buenos Aires, Diciembre 18/38

Mi querido Giacobbe:

Confiese que no se esperaba Ud. que la primera correspondencia de América llegada a sus manos fuera la mía, aun antes que la de su prometida.

Y menos se imaginaba Ud. que viajara en su compañía, en el "Saturnia", este su amigo a quien con tan bellas palabras y nobles sentimientos se refirió Ud. ayer en el acto celebrado en su honor, acto magnífico por su sinceridad y cordialidad excepcionales.

Interpreto una vez más el sentimiento de todos al desearle y augurarle el mayor éxito en su viaje de estudio, y no sólo para su propio bien, sino por el de la cultura argentina.

Pero no olvide el consejo que me permito recordarle, Pero Grullo, pero sabio: cuide su salud física tanto como la espiritual.

Un abrazo "di cuore"

Pablo A. Pizzurno

11 de septiembre 839